

E. degrade a su amiga, pues que actos de ascensión como ese, sólo perjudican en política a V. E. y más grave aún, en lo castrense, en recibir un desfavor de este cuerpo, cuyos hombres ven con repudio tan fácil concesión de hace más de un mes” (pág. 127). A esta carta, Bolívar replica a Santander el 17 de febrero de 1825, transcrita con errata en el texto: “De donde quiera que usted haya sacado que mi influencia el es motivo (sic) de que Manuela sea ahora Coronel del Ejército Colombiano, no es más que una difamación vil y despreciable como ausente de toda realidad (...) Usted conoce, tan bien como yo, de su valor como de su arrojo ante el peligro. ¿Qué quiere usted que yo haga? Sucre me lo pide por oficio, el batallón de Húsares la proclama; la oficialidad se reunió para proponerla, y yo, empalagado por el triunfo y su audacia le doy el ascenso, sólo con el propósito de hacer justicia (...) Sepa usted que esta señora no se ha metido nunca en leyes ni en actos que ‘no sean su fervor por la completa Libertad de los pueblos de la opresión y la canalla’. ¿Qué la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un ejército se hace con héroes (en este caso de heroínas) y éstos son el símbolo del ímpetu con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor” (págs. 128-129).



Estos documentos revelan hechos incuestionables, como el carácter de acechadora por instinto de las mujeres metidas en amores y en política. Manuela olfateaba a distancia los atentados de que iba a ser objeto

Bolívar, y adivinaba el talante real de algunos de sus presuntos amigos, tal el caso de Córdoba y del mismo Santander, a quienes, aún al final, Bolívar absuelve de su participación en la aciaga noche septembrina de 1828. En la biografía de Manuela, Álvarez Saá nos cuenta la manera como se ingenió ella para sacar a Bolívar de la fiesta de disfraces del 1.º de agosto de 1828 en la que se planeaba asesinarlo. Manuela incluso le revela a Bolívar el 29 de julio el santo y seña de los confabulados. El hombre no le hace caso y acude a la fiesta. Manuela entonces se disfraza de dandi y aparece en la fiesta con gran ostentación junto a su esclava Jonatás disfrazada de mujerzuela, armando tamaño escándalo y haciendo comparecer a Bolívar quien, avergonzado y molesto, se retira de la fiesta salvando así su vida (pág. 43). Las cartas cruzadas y el *Diario de Bucaramanga* revelan también los problemas para conciliar el amor con el ser de fuga del guerrero. Dice Bolívar a Perú de la Croix: “Pero cuanto más trataba de dominarme, más era mi ansiedad por liberarme de ella. Fue y sigue siendo un amor de fugas (...) Nuestras almas siempre fueron indómitas como para permitirnos la tranquilidad de dos esposos” (págs. 105-106). En el *Diario* y en las cartas, Manuela y Bolívar dan muestras frecuentes de su espíritu poético (págs. 93, 111, 114, 151). Además, y esto es notable, Manuela comprende para qué sirve, entre otras cosas, escribir; así, al principio del *Diario de Paita*, el mismo día de la visita de José Garibaldi el 25 de julio de 1840, a quien ella y Jonatás no tienen reparo en desvestir y aplicarle ungüentos en la espalda para sacarle un dolor muy fuerte que lo aquejaba por el hombro, principian-do este *Diario*, decimos, Manuela escribe: “Venzo de ser vengativa en grado sumo ¿Cómo perdonar? Si Simón hubiera escuchado a esta su amiga, que sí lo fue. ¡Ah! Otra cosa habría sido (no habría quedado mico con cola). Creo en esa obligación de dar su merecido a quienes faltaron a la lealtad del Libertador y a la República, y a algunos que burlaron la

gratitud para con él. El escribir estas cosas me ayuda a soltar mi mala sangre” (págs. 77-78).



Insisto en que el valor de estos documentos hacían obligante el esmero de una edición digna de ellos, cosa que descuidó la Fundación para la Investigación y la Cultura (Fica), a la cual, no obstante, se le acredita la iniciativa de haber publicado los papeles en Colombia.

RODRIGO PÉREZ GIL



Y le pusieron charreteras a Jesús...

Guerra y religión en Colombia

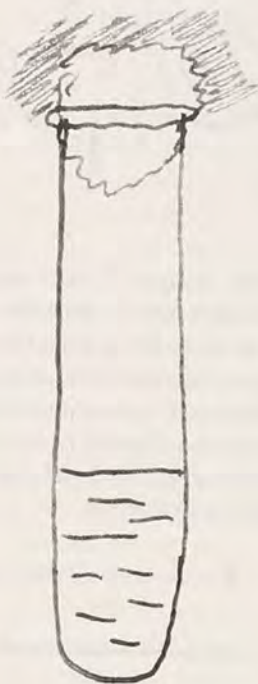
Carlos Arboleda Mora

Editorial Universidad Pontificia

Bolivariana, Medellín, 2005, 267 págs.

La Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín, de la cual es profesor Carlos Arboleda Mora (magister en Sociología de la Universidad Gregoriana de Roma), tiene tradición de estudios en Teología y Humanidades. El presente libro es fruto del trabajo de grupo, entre profesores de la Universidad Pontificia Bolivariana y profesores de la carrera de Historia de la Universidad Nacional en Medellín, explorando el tema religión, cultura y sociedad; en particular, Luis Javier Ortiz, *Guerras civiles, religiones y religiosidades en Colom-*

bia. 1840-1902, y la profesora de la misma Universidad Nacional Gloria Mercedes Arango, *La mentalidad religiosa en Antioquia: prácticas y discursos, 1828-1885*, también coautora del primer capítulo de este libro que reseño, “La Constitución de Rionegro y el Syllabus: dos símbolos de nación y dos banderas de guerra”.



El tema de religión y cultura tiene antecedentes en la investigación nacional, y en tres de ellos se apoya el autor del texto: Jorge Villegas, con una obra de 1977, *Colombia: enfrentamiento Iglesia-Estado, 1819-1887*; Fernán González, investigador del Cinep (Centro de Investigación y Educación Popular), autor de varias obras sobre el tema, citadas en el libro de Arboleda, *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia, y Partidos políticos y poder eclesiástico. Reseña histórica 1810-1930*; y Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales*, y *La ley y el orden social, fundamento profano y fundamento divino* (en el Boletín Cultural y Bibliográfico, Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República, núm. 22, vol. XXVII, 1990). Por supuesto, de tiempo atrás casi todo el mundo toca el tema. Ahora bien, si en el siglo XIX la Igle-

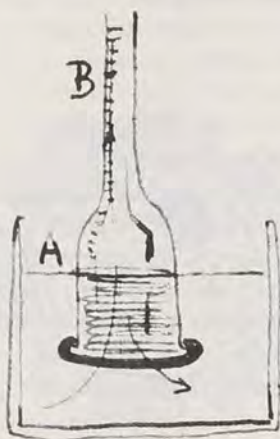
sia desempeñaba un papel beligerante en vivo y en directo, hoy día aparece como al margen (aunque interviniendo en cada minucia de los eventos y procesos sociales y políticos), el clero tiende un puente, hace hoy de intermediario entre los bandos enfrentados, que serían la guerrilla y el Estado, la guerrilla y la población civil, los paras y el Estado, los desplazados y el Estado, los paras y los desplazados. En el siglo XIX se da en la Nueva Granada un despertar tardío del alma libertaria en la América hispánica sojuzgada más de trescientos años por la Corona española y sus agentes, bajo la ley de la cruzada: cruce de cruz y espada. Dice el autor de este libro que los liberales no supieron comprender “el talante cristiano y católico” tradicional de la población en la Nueva Granada, con un “Estado incipiente” (hacia 1830-1850-1860), justo cuando ocurre el brote revolucionario contra las prácticas y las ideas recalitrantes venidas de Roma y de España. Que a los liberales a la sazón se les fue la mano, con ideas importadas de Francia, yéndose con demasiada alevosía contra la Iglesia y lo que ésta representaba en el pueblo raso, “la laicidad llevó en algunas partes a una actitud antirreligiosa y claramente fanática. En Colombia, a fines del siglo XIX, la laicidad fue una actitud agresiva en contra de la Iglesia católica, y ésta respondió con las mismas armas” (pág. 178). Que se estaban defendiendo los godos y curas, atacando, bajo la divisa de que “Colombia nació católica” y “Primero católico que colombiano”. Colombia, en rigor, nació cuando vino Colón y le dio su nombre, en 1500 y no en el siglo XIX cuando la bautizó la tardía Constitución, y desde su origen mismo viene ocurriendo la *Destrucción de Indias* (Bartolomé de las Casas), en una empresa concertada hasta el sol de hoy. Colombia nació con las carabelas, así como Bogotá nació en 1538 con Jiménez de Quesada ostentando su cruz-espada (cruzada). De modo que Colombia es sagrada, en el sentido literal de “consagrada a la muerte”, desde el mero

huevo, nació para ser reducida, como Ifigenia, abatida hasta las últimas consecuencias, “Primero católico que colombiano”, para conseguir la paz de los pacificadores de antaño y hogaño. *In hoc signo vinces?* Por este mismo signo muere el pez de Cristo que trajeron los españoles, por la mediación de una religión católica venida con unos hombres ya cansados, decadentes, bárbaros ellos mismos, enviados por el rey y la reina (subrogados del déspota en el imperio español), religión que heredamos hasta la última gota.

El texto trata de poner la cuestión religiosa, las “ideologías”, como el factor clave de las numerosas guerras civiles en la segunda parte del siglo XIX, sobre todo en la guerra civil de 1876-1877. De acuerdo con Marco Palacios, Arboleda Mora tiene la convicción de que esta última guerra fue “de incontrovertible origen religioso” (pág. 89). Que el problema estaba entre dos ideologías, la liberal modernizante y la católica cavernaria y recalitrante, entre el Syllabus y la Constitución de Rionegro, “dos símbolos de nación y dos banderas de guerra”. ¿Será así? El texto de Arboleda tiene el mérito de exponer un buen catálogo de ideas y medidas aberrantes, promovidas por el Papado y esta Iglesia recalitrante en la Nueva Granada, con la complicidad de sus súbditos laicos, una buena colección de hechizos, de supercherías. Hay que preguntar es: ¿De qué lado estaba el diablo? He aquí una Feria de Atracciones rediviva, están a la vista los monstruos, o sea lo que hay para mostrar (del francés *montrer*). Botones de muestra: los obispos Manuel Canuto Restrepo y José Domingo Riaño, cruzados cristianos, brotes de Antioquia, y monseñor Ezequiel Moreno, quien dice en su testamento: “Yo confieso una vez más, que el liberalismo es pecado (...), y queriendo enseñar esto aún después de muerto, deseo que en el salón donde sea puesto mi cadáver, y aún en la Iglesia durante las exequias, se ponga a la vista de todos un cartel que diga: el liberalismo es pecado. Se hace constar esto para satisfacer un de-

seo del difunto obispo” (pág. 141, las cursivas son mías). “Por eso, dice Ezequiel Moreno, la revolución liberal de 1789 ha sido condenada por la Iglesia, cuando Pío VI condenó la Declaración de los Derechos del Hombre” (pág. 143). ¡Un cartel!, para mostrar, qué monstruo (de *montrer*, mostrar), que el liberalismo es pecado. Dice además Arboleda, acentuando la confrontación irreductible entre el Syllabus (1864) y la Constitución de Rionegro (1863) liderada por Mosquera y los liberales radicales, constitución que por primera vez en la nación no principia poniendo a Dios de testigo en la base, la primera piedra, Pedro, el primer papa, la patria misma (de páter), sino que se pone en nombre del pueblo soberano: “Esta oposición violenta entre dos maneras de ver el mundo, fue, en el fondo, la causa de la mayoría de las guerras civiles que enfrentaron a liberales y conservadores, y de los conflictos en Colombia, hasta finales de los años 1970 y 1980” (pág. 143). En esta feria cabe, por supuesto, el ilustre Miguel Antonio Caro: “El liberalismo está condenado no sólo en el Syllabus sino, muchos años antes, en el Decálogo; allí se condena la libertad de mentir, robar, de matar, etc. (...) El Syllabus es el Decálogo aplicado a la nueva y gigantesca forma que ha tomado la libertad del mal en las sociedades modernas. Esa libertad del mal es la esencia del liberalismo, y la libertad del bien, que es la libertad que Dios ama, es la libertad que lleva en sí el catolicismo” (pág. 67). Esta idea de los misioneros y bárbaros decadentes cristianos de convertir en diablo a los dioses de los otros, para anonadar a éstos y reducirlos, lo que llamaban “evangelizar al bárbaro”, ¿Dónde está el eje del mal?, nosotros somos los buenos, idea rancia que despierta suspicacias, antaño como hogaño, que los buenos somos más, que más malo que el mal de los malos es el silencio de los buenos. A la vista, este otro botón de muestra (montre, monstruo): “El Papa Gregorio XVI en la Encíclica *Mirari Vos* (Anticipo del Syllabus) condena la libertad de conciencia

que conduce al indiferentismo y la libertad de prensa ‘que jamás se podrá execrar y maldecir bastante, por la que se propagan todas las malas doctrinas, así como la libertad de investigación científica’” (pág. 28). El papa del Syllabus (1864), o Catálogo de errores de nuestra época, es Pío IX. El Syllabus va a ser tajante y no quiere dejar títere con cabeza. Se trata del mismo asunto que viene con los déspotas de España en la Conquista, que viene con los franciscanos, dominicos y agustinos a la Nueva Granada, 350 años prescribiendo una moral reductora, verdadero aparato de captura tendido por una máquina de guerra. Syllabus: que la teología es una filosofía y hay que obedecer sus prescripciones verdaderas, contra las pretensiones de las nuevas corrientes libertarias de la época; todos los liberal-socialismos, hasta “las sociedades clérico-liberales”, puestas en la picota: “Todas estas pestilencias han sido varias veces reprobadas [...] en los más graves términos” (pág. 40).



El enfrentamiento en el siglo XIX, aunque parece, no es entre la Iglesia y el Estado, la Iglesia, incluso súper-protagónica, no es sino una pieza de una máquina de guerra montada sobre la colonia, aun si hay dicha confrontación, como en el caso de Mosquera en el gobierno usurpado de 1861, un hombre de Estado y un hombre de guerra, sin partido, aunque con alianzas tácticas y casi siempre libertario, que enfrenta a la Iglesia, expulsa a los jesuitas, pugna

por reducir el poder del clero. Así con otros gobiernos liberales, con los radicales, etc. La subversión, en este periodo, está en Antioquia, Pasto, Cauca, Tolima, donde se asientan los curas más recalcitrantes que instigan a las masas a rebotarse contra las medidas liberales en educación impulsadas por los liberales, católicos (como J. M. Samper y Salvador Camacho) y no católicos, como Mosquera. Más allá de la confrontación Iglesia y Estado, Iglesia y Partido Liberal, encontramos una Iglesia y un Estado que funcionan como piezas de una máquina de guerra montada sobre la nación desde la conquista, vienen juntos, el leguleyo fundador de estados Jiménez de Quesada con su espada y el fraile “ideólogo” con su cruz, soldados por el cruce de la cruz y la espada, cruzados, cuando vienen a hacer valer de entrada en América el *Tratado de las justas causas de guerra contra los indios* (1548) de Juan Ginés de Sepúlveda, a quien cita Arboleda al final del texto: “La primera (justa causa) es que siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos” (pág. 251). ¿De dónde le vino tamaño poder a los conquistadores? Según Arboleda en la conclusión, “La concepción eclesiológico-política del período de la colonia impedía la presencia de otras confesiones o religiones. De una parte, se concedía a los pontífices plena soberanía sobre los territorios de infieles, soberanía que podía trasladarse a los príncipes cristianos con el compromiso de la evangelización” (pág. 251). ¿Se concedía? ¿Quién concedía? Leemos en el texto: “El hecho es que se dio esta donación y ese hecho definió la fe de estos países” (pág. 187). ¿Quién dio lugar a este pase de mago-usurpador, la cesión de tierras, eran vuestras ahora son nuestras, acaso, la “¿concepción eclesiológico-política?” Vaya término para sublimar al agente real en este caso, el que pone las pilas a una máquina de guerra y a un aparato de captura en acto, con el concurso del requerimiento y de la

Biblia que ofreció Pizarro a Atahualpa, y que éste tiró a un lado luego de constatar que sonaba hueco, que no tenía música como un caracol o como un *iPod*. No se trata de ideologías sino de formas de intimidación, funciona igual que una masacre, como la decapitación de Atahualpa, para los estupefactos indios, funciona como las masacres a la sazón, sí, para “Desacreditar a la víctima”, pero no que, “la masacre no es más que el resultado de un proceso de satanización y de victimización” (pág. 258). Qué términos, subliman todo. La masacre, por ejemplo la decapitación del joven zaque Aquimín en la plaza de Hunza, vuelve estupefactos a los indios, los petrifica igual que la mirada de la Medusa con sus cabellos de serpientes, ésta es la función, para eso está ahí la masacre, como la religión, es una pieza del aparato de captura, y no el resultado de un proceso de victimización y de satanización; aquí se confunden causas y efectos, el polvo que la guerra misma levanta no deja ver lo que está en juego, una pieza del aparato burocrático de captura, al convertir en diablo al dios del otro, y luego reducirlo, con la ayuda de perros capadores, arcabuces y caballos. La función de la religión cristiana no es traer la buena Nueva, o sea el Evangelio, como sugiere el mismo Arboleda, “los conquistadores y los misioneros llegaban a estas tierras con tres características especiales: ardiente espíritu misionero, pues convertir al pagano era extender el Reino de Dios; fuerte satanología, fruto de las luchas de la Inquisición y de la amplia demonización, y sentido de cruzada para defender la verdad de las arremetidas de la reforma protestante. De esta manera se concebía la evangelización católica como la realización de lo mejor del espíritu español y como un servicio a Dios” (pág. 251). Este lenguaje prolífico en circunloquios, con qué términos, como este otro, “denominacionalización de la sociedad” (pág. 180), y “condividían las representaciones religiosas” (pág. 185); estos eufemismos hurtan el asunto principal, y es que la religión opera aquí directamente como forma de

dominación, aparato de captura en acto, a esto se reduce lo de “convertir a los indios”. Las comunicaciones de curas y guerreros españoles a los indios se desplegaban para someter, y ello lo muestra bien el engendro de la Corona en la pluma del abogado Palacio Rubios, el requerimiento o intimidación, que habría de ser leído a los indios antes de tomar una comarca, poniendo de nuevo en escena las causas justas de guerra según Ginés de Sepúlveda, esta idea que Arboleda parece atribuir a la “concepción eclesiológico-política”: que las tierras de América fueron dadas por el jefe del linaje humano Jesucristo al papa, y éste la ha cedido a los reyes españoles, y que por eso están ahí en América los funcionarios españoles haciendo el mandado de recoger lo que es suyo, y que si no están de acuerdo con esto los indios y se hacen los remisos, que se atengan a las consecuencias, porque, en nombre de Dios, os haremos todo el daño posible, a los rebeldes, a sus casas y a sus familias, etc. (el texto del requerimiento no aparece en el libro de Arboleda).



Es importante la pregunta con la que arranca el capítulo 2, “Dios, religión y política (los sacrilegios)”, en relación con nuestras guerras civiles: “¿De qué parte estaba Dios?” (pág. 125). ¿Hay que decir sin ambages, como Sancho, detrás de la cruz está el diablo? Escribe Arboleda: “Históricamente, religión y política van unidas en cuanto son los dos imaginarios legitimantes más fuertes de la sociedad” (pág. 257). ¿Imaginario? Luego, vuelve a preguntar y aquí res-

ponde a la pregunta previa, ¿de qué parte estaba Dios?: “¿Se usó la religión por parte de la política? O ¿la religión está más allá de la política y puede por tanto servir a unos y a otros? Nos inclinamos por esta última posibilidad” (pág. 130). ¿Un Dios neutral, más allá del bien y del mal? Inconcebible, ¿acaso no trae el libro suficiente ilustración para desmentir semejante hipótesis irrisoria? Pero ocurre que en estas contiendas, los árboles (los estandartes y pancartas) no dejan ver el bosque, se erige una cortina de humo, la realidad se sublima, a causa del polvo que chupamos todos, a través de los noticieros de la televisión y de la prensa, cortina de humo que nos hace privilegiar el asunto de las ideologías, religiosas en este caso, o la mera confrontación Estado-guerrilla, como motor de las guerras civiles, cuando, en rigor, ideologías no hay y nunca hubo, sino la forma como encarna el aparato de captura en una máquina de guerra que tiene a curas y funcionarios como agentes, a través del Estado, y cuyos mecanismos permanecen a la sombra, mientras la representación sigue en escena. Por ejemplo, los liberales católicos no podían ser libertarios, ellos mismos eran presa del aparato de captura, como es el caso de J. M. Samper y Camacho Roldán, y de tantos otros que se hacían matar y mataban combatiendo a los godos, incluso Camilo Torres es presa de esta verdadera *contradictio in adjecto*, la pretensión de ser libertario católico, es una especie de suicidio, si se toma tan en serio como lo hizo Camilo Torres, y acaso como lo practicó el mismo Cristo, porque en esta doctrina, si se es consecuente, es preciso renunciar a sí mismo para salvar el alma. El liberal Uribe Uribe, también presa parcial de este aparato de captura que se expresa en una metafísica de verdugos, se defiende, él quiere ser un liberal católico y expone, en 1912, *De cómo el liberalismo político colombiano no es pecado*, que lo que el Syllabus ha condenado “es el liberalismo filosófico-religioso, pero hay otros liberalismos puramente políticos que jamás han sido condenados, dentro de

los cuales se encuentra el liberalismo político colombiano" (pág. 111). "¿Liberalismos puramente políticos?" (nada que ver con el gorro rojo de Voltaire y William Blake, etc.). Aún así, el opúsculo del tibio Uribe es proscrito y condenado por el arzobispo de Bogotá, Bernardo Herrera Restrepo, otro botón de muestra para la feria de las cosas que hay para mostrar (los monstruos). Es patente de nuevo, en este idealismo, la ambigüedad del Partido Liberal colombiano desde el origen, partido donde, salvo raras excepciones, no se iba muy lejos, ni siquiera con el socialismo, también cristiano, se iba muy lejos, antaño y hogaño, y a la postre la mayoría liberal deviene tan goda como los otros, chapetones y conservadores, porque justamente estos dos bandos son piezas capturadas por la máquina de guerra global a través del Estado, guerra calentada por la industria de las armas y de las drogas. *Are you on business?*, a ver si nos entendemos, en la calle Soho de Londres, están para el mejor postor, estas damas atentas; ¿no será que el Dios de estos tiempos hizo su elección también, tal como reza en la divisa estadounidense: *In God we trust?* ¿Al mejor postor? Hoy, las Farc, los paras y el ejército del Estado, son ellos mismos piezas de la máquina de guerra movidas desde el imperio por el déspota (que hoy día es el capital, por fin el rey desnudo), para mejor y más vender armas la industria de guerra, oprimiendo las economías del tercer y cuarto mundo con el crecer de la deuda, y el crecer de la deuda con el mismo Dios, a la par que mantienen ya casi cautivos los territorios embargados en colonias por la misma guerra. *¡Rex dixit: In God we trust!* ¿Dios neutral? Ninguno, ni Mahoma, ¿tal vez el mero Cristo, el único cristiano, que murió en la cruz?; pero qué ejemplo para la juventud, para los niños, este cuadro del crucificado, ¡Jesus-Christ!, ¿por-no-grafía, porque Cristo desatendió la política colectiva centrándose en el individuo y sólo escribió una vez en arameo, en el suelo de polvo y tierra con el dedo, justo cuando iban a la-

pidar a María Magdalena (que por que era una prostituta): "¿El que esté libre de pecado que tire la primera piedra?" Cristo, ¿majadero como el Quijote, como el príncipe Mischkin (*El idiota* de Dostoievski) y como Bolívar? Todos chupamos del polvo en este berenjenal, y uno sólo resiste un poco, a fe mía, a porfía, majadero también, por esta grafía de cada noche.



Los propietarios, salvo por la curia, son grupos invisibles en *Guerra y religión*, como los mismos indios, desaparecen del escenario como por arte de birlibirloque, como si todavía estos propietarios de la tierra y de los medios de producción urbanos, consolidaran verdaderas sociedades anónimas, tal como las primeras funerarias (que de ahí nació el nombre de sociedad anónima), entes invisibles, en el texto no se ve sino el ondear de pendones y estandartes religiosos de guerra, mientras los verdaderos poderes detrás de los poderes no aparecen por ninguna parte, esta prosa los sublima, se evaporan, se vuelven humo, dada la insistencia del libro en que la problemática, antigua y vigente, tiene como polos dos ideologías, la liberal y la clerical, venida ésta última del papa, siempre a través del rey de España, hasta el sol de hoy. ¿Dos ideologías? ¿No será que nunca ha habido ideologías sino aparatos de captura, montados e impulsados al interior de una máquina de guerra simple y pura? Esta máquina despliega sus

escenarios de vitrina, para representar, secretar una "ideología", que se contrapone a otra y cuyo enfrentamiento traería el conflicto. Pero esto no es sino el polvo de la guerra, igual que la violencia, del que no obstante chupamos todos. La "ideología", ella sí que chupa del polvo, ella sí puro humo.

Es un hecho que ahí están los dos bandos enfrentados, los godos con pancartas del Cristo militante: "y pusieron charreteras a Jesús", repitió "así en macarrónica poesía don Santiago Pérez" (pág. 127, cita de Cordobez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*). Sin embargo, insisto, estos partidos enfrentados en torno al poder del Estado, tras el botín del Estado, escenario de las nueve grandes guerras civiles en el siglo XIX en Colombia; aún hoy, la pugnacidad de dos bandos, los sucesivos gobiernos del Estado y las fuerzas insurgentes (las Farc, por ejemplo), estos dos bandos enfrentados alborotan y chupan del polvo de la guerra, levantando una cortina de humo que no deja ver los engranajes de los genuinos motores de la guerra misma (¿a quién beneficia la guerra?), en un ambiente de complicidad con los media, se erige un escenario que, de acuerdo con Sun Tzu, es propio de la guerra y tiene como efecto des-realizar, erige un embrujo, una superchería como por arte de birlibirloque en manos del gran embaucador, no deja ver las fuerzas, los hilos invisibles de la camisa de fuerza que oprime, literalmente, a la nación, desde la mera conquista sin rupturas, aunque con remiendos y fisuras. El libro de Arboleda nos distrae de este punto de vista, al insistir en los pormenores de la cuestión religiosa. Sin embargo, las muestras de feria del texto valen tanto que el libro propicia también un enfoque crítico, así como es bueno visitar de vez en cuando un serpentario en el Museo, para luego salir, abrir los ojos y aspirar a fondo con las palabras de Rimbaud,

¿Cuándo iremos, cuándo iremos más allá de las playas y de los montes, a dar la bienvenida al na-

cimiento del trabajo nuevo, la sabiduría nueva, la fuga de tiranos y demonios, el fin de la superstición, a adorar, ¡los primeros!, la Navidad sobre la Tierra?

RODRIGO PÉREZ GIL

Sobre la poesía de María Mercedes Carranza

**Una cama es una cama
es una cama**

En su memoria
"Una rosa es una rosa es una rosa".
Gertrude Stein

En la poesía de María Mercedes Carranza, la cama espera el sonido de la llave que gira en la puerta de entrada de su casa para dar comienzo a una ceremonia habitual con la recién llegada.

La cama está en el centro de la habitación y del poema, es ámbito reservado y confiable, pero a la vez, amenazado y zozobante.



La cama se sugiere en distintos momentos del día. En la mañana: "Se mezclan al amanecer, / el desorden de las cobijas / y un sabor espeso en la boca". En la tarde: "A través de una luz irreal / —la cortina azul de la habitación / cerrada a media tarde— / se acerca a la cama". En la noche: "Me ilumina aquel luminoso / 'has

sido mi compañera de camino' / dicho en la sombra de la alcoba / por una voz que hoy es ceniza".

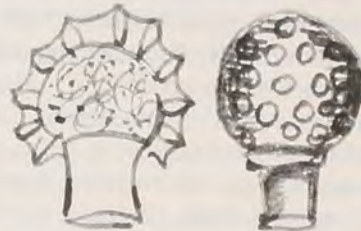
La cama procura la privacidad en la que se inicia un sostenido ejercicio de introspección después de la contemplación. Su intimidad es blindada para el ojo que fisgona desde lo público, pero al tiempo es mirador desde donde se observa en lo descubierto. El lecho hace las veces de diván de psiquiatra y, tendida en él, la paciente, mediante un permanente oficio de franqueza, manifiesta al poema las falencias, los contrastes, los despojos traídos por la memoria recóndita o la cotidianidad inmediata.

Y junto a la cama están los objetos que la rodean: el espejo, la cartera, un vaso, los libros de la biblioteca, los muebles, las fotos, el teléfono: "Llega tu voz por el teléfono, / la oigo a mi lado en la cama: / sensación o engaño o sombra". Y tomando parte de ese mundo gestual, el abstracto: los sueños, los miedos, las conjeturas, los recuerdos: "Los rostros perdidos vienen uno a uno a su memoria / indiferente los mira y los deja pasar de largo".

No falta en ese cerrado espacio la resonancia de lo externo, el mundo que transpira más allá de las paredes y se escucha difuso desde el lecho, la confusión de calles que contiene los pasos que son la vida pública de la poetisa: "Turbios el aire y el miedo / en todos los zaguanes y ascensores / en las camas. / Una lluvia floja cae / como diluvio: ciudad de mundo / que no conocerá la alegría".

En la poesía colombiana del siglo xx, la cama obtiene distintas percepciones. Es punto de encuentro del apogeo erótico ("Y ella ancha, casi tapando la cama, / funcionando soberbiamente / con lo que se podría llamar su belleza, o sea su verdad": Mario Rivero); hospedaje de paso ("Una pieza de hotel, con su aroma a jabón barato, / y su cama manchada por la cópula urbana / de los ahitos hacendados": Álvaro Mutis); lugar de revelación ("pienso en la dulce saliva de la doncella / que en algún lecho madura y gime / y visita otro duro laberinto": José Ma-

nuel Arango), y sitio para la invocación religiosa o la visitación de la muerte ("En camas de bambú fue recibida la leve presión de la muerte": Luis Vidales).



En los poemas de María Mercedes Carranza la cama no es signo de contingencia sino de permanencia. Allí sucede el festejo, el tedio y la derrota, y confluyen los contrarios: el amor y el desamor o el afecto no correspondido, la incontinencia y la abstinencia sexual, la ternura y la iracundia, la tristeza y la sátira, la valentía y el miedo, el sueño y la vigilia. "Sobre la cama de sábanas destendidas", la poetisa inicia, en un tono a veces apasionado y en otras meditativo, un moroso e incisivo ajuste de cuentas con la vida ("Ocurre y bien entrada la noche. De repente los motivos del día quedan en suspenso").

No es coincidente que sea el retrato de una cama —despojada y solitaria— el que ilustra la carátula del libro *Hola, soledad*, publicado por la Editorial Oveja Negra en 1987.

Hablaré en principio de la cama que procura el abandono y el esparcimiento del espíritu. En los poemas donde este lecho espacioso aparece, el genio de la poeta es desprendido y jugueteón, y enumera lo que ella misma define como placeres verdaderos, esos que se disfrutaban después de descartar, por fatigosos e inútiles, afanes y expectativas realizadas y no realizadas durante el día ("se deshace de las caras que ese día ha visto, / los desencuentros, la paz fingida, / el sabor dulzarrón del deber cumplido").

Es la cama de la reconciliación con el mundo, desde donde se percató la presencia del padre en la in-